

Martín Di Lisio

DISTANCIAS

milena caserola
EL 8vo. LOCO
EDICIONES

*Todos los izquierdos reservados.
Caso contrario, remitirse a la lista de libros censurados en
las distintas dictaduras y democracias. Privar a alguien de
quemar un libro a la luz de una fotocopidora es promover la
desaparición de lectores.*

Contacto con el autor:
madilisio@yahoo.com.ar

Coordinación general del proyecto
Ana Ojeda / Nicolás Correa / Marcos Almada
exposiciondelaactual@gmail.com

Coordinación gráfica
Laura Ojeda Bär
laura.ojeda.bar@gmail.com
laura-o.tumblr.com

Producción
Matías Reck
losreck@hotmail.com

**www.exposiciondelaac-
tual.blogspot.com**

OESTE

Se abrió la puerta de la habitación y apareció una mujer cargando una maceta, la sostenía con cierto esfuerzo y la planta, un jazmín extraño con dos o tres flores, le ocultaba parte de la cara. Eugenio vio que la mujer los observaba, dudando, a él y al viejo de la otra cama, a través de las hojas. A esa hora de la tarde en el hospital de Santa Rosa se oían solo murmullos lejanos, voces imprecisas de enfermeras o médicos que recorrían los pasillos vacíos, voces acompañadas por algunos espasmos repentinos de los árboles del jardín interno, que entrechocaban sus ramas altas a merced del viento de agosto.

Cuando al fin Eugenio reconoció a su hermana Julia, nueve años menor, que ya daba un paso adelante, todavía dudando, levantó las manos para hacerse notar. Porque Julia, que miró a las dos camas para entender, en medio del cuarto ensombrecido por la tarde breve del invierno, no pudo distinguir a su hermano de un solo vistazo después de veinte años.

—¡Hermana! —dijo Eugenio—. Viniste.

Julia caminó hasta una mesita entre las dos camas. La mesa marcaba un límite, dividía la habitación y aislaba a los dos hombres. Con la ayuda de la misma maceta, la mujer corrió vasos, recipientes y cajas de remedios, y apoyó la planta sobre la mesa. La mujer se volteó hacia Eugenio, se agachó y lo besó en la frente. Se reconocieron en el tacto, en el olor, se recordaron en ese acto íntimo y sencillo, como si el espa-

cio vació de esos años, tanto tiempo sin verse, no hubiese sido lo suficientemente extenso para borrar todas las huellas.

Julia buscó una silla y se sentó del otro lado de la cama, de espaldas al ventanal del cuarto, dejando libre el centro, el lugar que ahora ocupaba la planta. Eugenio estiró un brazo y acarició las hojas y las flores.

—Jazmín de invierno —dijo y se llevó los dedos temblorosos a la cara, sintió el perfume distante pero invariable—. Jazmín amarillo del oeste, elegiste bien.

—Te siguen gustando las plantas —habló Julia sonriendo.

Eugenio, a través de una enfermera, le había hecho llegar el aviso de su internación a la hermana. Además, en el mensaje, le pidió que le trajera algo del oeste, cualquier cosa que le recuer-

de ese lugar. Una planta resultaba una buena síntesis.

El otro hombre, el compañero de cuarto, sufrió un arranque de tos. Eugenio aprovechó para presentarlo.

—Juan también es de por allá —le explicaba a la hermana, mientras el hombre se aclaraba la garganta—. Del oeste, de un paraje cercano a Santa Isabel.

—¿Cómo está el oeste? —preguntó Juan sin preludeos, saludando con un ademán, ansioso desde la entrada de la mujer. Esforzándose, se apoyó sobre un brazo y miró la sombra oscura de Julia, recortada contra la última y difusa claridad del día.

—Queremos volver —agregó Eugenio—. Queremos volver, Julia, no tendríamos que habernos ido de allá.

Habían pasado veinte años de la última vez que los dos hermanos estuvieron juntos. Ese día Eugenio aban-

donaba el monte achaparrado, lleno de arbustos chatos y pastos secos, su puesto de adobe rodeado de corrales donde hubo chivos, sus cercas derrumbadas. Solitario como es su costumbre, cargó un bolso lleno de ropa vieja y un mate, y arribó a Santa Rosa atrás de un rebusque para ir sobreviviendo. Julia siguió con su vida en Limay Mahuida, como maestra de escuela normal, hasta su soledad de ahora, su matrimonio complicado y su hijo en Buenos Aires. Veinte años de recuerdos confusos de la época linda y de la época dura, veinte años de recomponer esa memoria del territorio al que Eugenio no quiso regresar, o tal vez no pudo, esperando la muerte ya tan próxima en la capital de la provincia.

—Queremos volver al oeste, Julia, antes de que sea tarde —repitió Eugenio, tomando la mano de su hermana.

Se sintió el movimiento de Juan, hizo sonar la estructura endeble de la cama, acomodándose para escuchar mejor.

Hacía dos semanas que los viejos compartían cuarto. A Juan lo había traído su hijo después de una descompensación, a Eugenio la enfermedad le avanzaba lenta. Lo llevó al hospital su vecino Mario, el único amigo que hizo en tantos años de vida en Santa Rosa. Desde esa primera mañana cuando se encontraron en la habitación, se contaron sobre su origen, describieron sus casas, sus parajes, no dejaron de hablar de aquella tierra. Cada uno a su manera, fueron armando el paisaje de cuando el oeste pampeano era un vergel. También, cada uno relató su recuerdo del final, de ese escaparse a otro lugar, a una ciudad desconocida y reacia para los puesteros del oeste seco y polvoriento, que cayeron como moscas

desorbitadas sobre las poblaciones del este, buscando comida y trabajo, buscándole un amparo a su melancolía.

–Eugenio, escuchame –Julia habló en voz baja y acercó su cara a la cara de su hermano, ya solo se distinguían las sombras y los ruidos, porque la noche caía sobre el jardín interno del hospital, refrescaba y Juan se tapaba con otra frazada más gruesa que había estado amontonada en sus pies–. Escuchame bien: Limay Mahuída es ahora el último rincón de la tierra –Julia suspiró, y se acercó aún más a su hermano–. El último rincón, Eugenio.

Eugenio le soltó la mano. Durante un rato, Julia los acompañó casi sin decir una palabra, hasta que los dos viejos se durmieron, o simularon dormirse. La mujer, antes de salir de la habitación, le prometió a su hermano que volvería pronto, aunque Eugenio no la escuchara.

Una semana después se abrió la puerta de la habitación y apareció Julia cargando otra maceta. Era la misma hora de la tarde que en su primera visita, pero Juan y Eugenio dormían, atrapados por esos sueños confusos de los enfermos, que no distinguen horas mejores y peores para sus descansos, y solo descansan cuando pueden.

Julia, entre las respiraciones de los dos hombres, el silbido de una ventisca desordenada que se arremolinaba en el jardín interno, las sombras del cuarto y el silencio del resto del hospital, caminó hasta la mesita. No había lugar para otra maceta al lado del jazmín, que ya tenía el doble de flores y más follaje que la semana anterior. Julia apoyó la nueva maceta en el suelo, también en ese centro preciso que separaba a las dos camas. Comenzaba a exhibirse un muestrario de la flora del oeste. Cortó

una hoja y una pequeña flor pálida, y las acercó a la nariz de Eugenio.

–Tomillo –dijo apenas el hombre, acomodándose en la cama–. Elegiste bien... –alcanzó a murmurar antes de volver a dormirse.

Separados por las dos plantas, esa semana fue intensa en los recuerdos de Eugenio y de Juan. Debatían, los viejos, sobre la geografía de antes, sobre el paisaje antiguo del territorio donde habían nacido. Discutían sobre nombres de pueblos desaparecidos, ubicaciones de puestos y parajes, rutas y vados. Mantenían largas conversaciones sobre el oeste pampeano. Recordaban cómo era esa zona cuando los ríos bajaban libres, cuando el delta entre el Atuel y el Salado todavía era un jardín, repleto de ovejas y alfares, sembradíos verdes de centeno

y girasol, cursos de agua caudalosos. Cuando el día se iba oscureciendo y el cuarto era pura sombra, los viejos hablaban de lo que pasó después, de cuando el río dejó de bajar para poder regar chacras de otras provincias, de cómo los brazos del Atuel fueron transformándose y ahora son vados secos, las riberas de esos ríos son desiertos y se multiplican los salitrales. Solo quedaron puesteros aislados con un puñado de chivos, resistiendo, cómo resistieron Eugenio y Juan, durante mucho tiempo, hasta que los últimos animales se les murieron, enfermos y flacos, corroídos por dentro a causa de la salitre del agua y de los alimentos. En esos instantes, cuando llegaban al fin de la historia en sus recuerdos, Juan lo miraba a Eugenio y le decía señalándose la sien: *A veces creo que esas dos Pampas, tan distintas, sólo*

existen en la cabeza, que está todo acá, que las inventamos nosotros.

En su tercera visita, una semana después de la segunda, Julia volvió a abrir la puerta de la habitación, traía otra maceta, esta vez más pequeña y liviana. Eugenio y Juan la recibieron con un breve aplauso.

—¡Bravo, hermana! —Eugenio sonreía—. Te extrañábamos.

Julia se sorprendió de la vitalidad de los dos viejos y de las dos plantas. El jazmín y el tomillo lucían impecables al final del invierno, perfumaban la habitación, la dotaban de una alegría extraña. La mujer caminó hasta la cama de Eugenio, y le acercó la maceta para que la vea de cerca. Era una mata bajita, compacta.

—Coirón —dijo Eugenio, acariciando la planta con la palma de su mano—.

Tal vez del amargo.

Julia acomodó el coirón al lado del tomillo. La fila verde se expandía en dirección a la puerta, dividía a la habitación en dos. Mientras la mujer revisaba el jazmín que ya era pura flor, dándole la espalda a su hermano, sintió que Eugenio le tira de la ropa, la llamaba. La mujer giró para mirar al hermano.

—¿Cuándo nos llevas? —preguntó Eugenio—. Hace un mes que nos tienen acá.

—Estamos listos—dijo Juan desde la otra cama, Julia se dio vuelta para verlo, para corroborar que no bromaban.

Los días ya eran un poco más largos, afuera el viento era una brisa suave y placentera.

—Vienen los días lindos, Julia —Eugenio señaló el ventanal—. Llévanos al Oeste.

La mujer acomodó la silla donde siempre, se sentó de espaldas al ventanal, de esa manera podía ver las dos camas.

—¿Qué me están pidiendo? —preguntó Julia, aunque adivinaba en esos dos hombres la desesperación, la certeza de que morirían lejos de su lugar.

Un silencio acaparó el resto de la visita. Eugenio, caprichoso o triste, no habló más. Juan se durmió, confiado tal vez en la capacidad de Eugenio para convencer a su hermana. Julia tomó de la mano a su hermano, el tiempo pasó porque fue ensombreciéndose la habitación. Eran dos siluetas en la oscuridad, ligadas nada más que por sus dedos. En el jardín interno se encendieron dos o tres faroles de luces amarillentas, las sombras de los árboles salpicaron el ventanal, y esa proyección de luces y oscuridad a su

vez pintaba el cuarto completo. Juan roncaba suave.

–En el oeste no hay nada, no queda nada –Julia le hablaba a su hermano en voz baja–. ¿Dónde quieren ir? ¿Dónde quieren llegar así como están ustedes?

Eugenio miró a su hermana a los ojos.

–A esta altura no importa cómo estamos, sólo importa dónde queremos estar –dijo Eugenio y se acomodó hacia un costado para descansar.

Dos semanas después, Julia abrió la puerta de la habitación. Afuera la primavera era un cielo celeste, los árboles fulguraban florecidos, los pájaros abarrotaban el jardín interno del hospital. La mujer, maceta en mano, se sorprendió: Eugenio estaba solo y miraba el ventanal. Julia vio la otra cama vacía, tendida, con la almohada sin funda,

las sábanas blancas escapando por debajo de una colcha fina que así, sola, sobraba para esas noches de primavera. Dejó la planta en el suelo y caminó hasta ubicarse entre Eugenio y el ventanal.

–Tarde –dijo el viejo y tosió como rellenando el silencio–. Tarde.

Eugenio no habló más, Julia le acercó la planta pero no hubo caso. Finalmente, ubicó la maceta en fila, era un chuchito blanco. El verde de las hojas y el tono de las flores coloreaban el cuarto. Antes de salir y despedirse, Julia le dio la palabra a Eugenio: lo iba a llevar al oeste, de alguna manera lo iba a llevar.

Una de esas madrugadas, Eugenio despertó de un sueño, agitado y con frío. Se encontró solo en la habitación y tuvo miedo. Tomó un sorbo del vaso con agua que encontró en la mesita, y

con lo que sobraba, estirándose hasta donde pudo, regó el jazmín y el resto de las plantas. Lo obsesionaba el cuidado de esas flores y esas matas. Se tocó la espalda y estaba empapado de la transpiración. Entonces, recordó el sueño reciente: una visión de él mismo parado y descalzo, con los pies sumergidos en las aguas de un río caudaloso. A su alrededor se extendía una tierra solitaria e infinita, un desierto salpicado por unos pocos arbustos. Contrastaba la frescura del río bramando a sus pies con ese páramo polvoriento. De pronto, en el sueño, miró el suelo y el agua se había esfumado, el piso, que era un vado seco dónde segundos antes serpenteó el río, se hundía dejando un hueco oscuro e indescifrable. Eugenio, así de viejo pero todavía ágil en ese sueño, se colgó del borde del río, de las bardas que rodeaban el vado. Y cuan-

do sus manos comenzaban a resbalar-se, justo antes de caerse en ese agujero inmenso y sin límite, se despertó en la madrugada del hospital.

Eugenio, con la camiseta mojada, temblaba de frío, pero de a poco se iba a aclimatar. El sueño lo hizo pensar, como si más que un sueño fuese un recuerdo nítido de otro tiempo. Se ríe al recordar a Juan: *esas dos Pampas sólo existen en la cabeza*. Eugenio suspiró y miró al jazmín, la leve luz tempranera ya se filtraba por el ventanal. Recorrió con la mano arrugada y temblorosa desde el tallo hasta las hojas, llegó hasta las flores y fue transportando el perfume de la planta a su cara. Sentía una cosa mágica, inexplicable.

Al día siguiente se hizo el traslado. Mario, el vecino, y alguna de las enfermeras, ayudaron a Julia a cargar las macetas en la misma ambulancia. Los

dos hermanos viajaron desde Santa Rosa a la casita de Julia en Limay Mahuída. Varias horas de viaje, un traslado en el que se fueron algunos ahorros de la hermana, o casi todos, pero ese era el precio de una promesa.

Llegaron un rato después del mediodía. Eugenio estaba animado, lo bajaron de la ambulancia en la silla de ruedas y alzó sus brazos para alcanzarlo todo. Detrás de él bajaron las macetas, tenían la idea de replantarlas alrededor de la casa de Julia, darle un poco de color con las flores a ese jardín seco.

Eugenio miraba alrededor.

–¿Así lo recordabas? –le preguntó Julia, a su lado, atenta a la reacción de su hermano.

Limay Mahuída es un puñado de calles y más allá es un desierto. A pesar del paisaje vacío, a Eugenio no le pareció el último rincón de la tierra.

–Un rincón más –dijo Eugenio, sin mirar a Julia, sonriendo.

Aprovecharon la tarde, y las pocas fuerzas de Eugenio, para trasplantar el jazmín y el resto de las macetas. Rodearon la casa con flores y colores nuevos. Al atardecer, todas las plantas del hospital adornaban el jardín. En ese momento fue que Eugenio habló.

–Quiero pasear, salir al monte, volver a verlo –Julia lo miró desconcertada–. Ahora.

Atardecía. Julia, que cedió al pedido de Eugenio, empujaba la silla con esfuerzo por las calles desoladas, le hacían frente al oeste donde el cielo era naranja y las nubes se desplegaban en todo el horizonte, parecían cabellos finos y largos, despeinados, que confluían desde el cielo hacia la tierra. Después de media hora de caminar y siguiendo un sendero aplanado donde la silla podía

avanzar sin sobresaltos, siempre hacia el oeste, Eugenio quiso detenerse. Miró hacia atrás, el pueblo se veía distante. Estiró el brazo y rozó las matas y los arbustos bajos que poblaban el suelo. Iguales a sus plantas del hospital, pero multiplicadas por miles. De pronto, como si fuese una decisión tomada de antemano, miró a su hermana.

–Dejame acá –le pidió–. Quiero quedarme solo.

–Eugenio, se hace de noche... –le advirtió Julia.

–Volvé a la casa –dijo Eugenio–. No te preocupes.

Julia, resignada, lo besó en la frente y empezó a caminar lento de regreso hacia el pueblo, dándose vuelta cada tantos pasos para espiarlo. El hombre permanecía en el mismo lugar, mirando al fondo de la tierra. Eugenio trató de recordar cómo era antes, fue capaz

de escuchar las estampidas de los animales en la llanura, los balidos de las ovejas, el suelo verde, el torrente del río, los pájaros saturando el cielo gigante. Trató de recordar ese vergel del que tanto habían hablado con Juan, pero le fue difícil en ese paisaje actual.

–Las dos Pampas –Eugenio habló solo, con todo ese territorio por delante–. Las dos en nuestra cabeza.

Cuando Julia llegó a la casa ya era de noche. Los pocos faroles de Limay Mañuía se encendieron, formando conos de una luz difusa y sucia, que a gatas alcanzaba el suelo. Un ladrido afónico de perro y una ventisca leve fueron los únicos sonidos que se escucharon. Antes de entrar a la casa, Julia se detuvo en el umbral, y miró al fondo de la calle, hacia el oeste, miró el camino que recién había transitado. Al fondo, ya invisible por la distancia y por la

noche, su hermano estaría reconciliándose con el suelo árido que alguna vez lo expulsó.

Julia se metió en la casa. Prepararía mate cocido, llenaría un termo completo. Cargaría en un bolsito dos tazas, un abrigo para su hermano y el mismo termo. Ella también se abrigaría un poco más, porque el frío en las noches del oeste es intenso. Traspasando los conos de luz de las calles de Limay Mahuída, caminaría hacia la oscuridad en busca de su hermano, desandando los pasos anteriores. Rumbo al oeste buscaría a Eugenio, valiéndose solo por la luz de una luna débil y unas cuantas estrellas, atravesando el follaje de ese monte, saltando cercas de corrales repletos de ovejas dormidas. Cruzando, sin siquiera salpicarse, cursos de ríos anchos y caudalosos que braman sólo por las noches.

SENGUER

La vida cambió cuando ella volvió de Comodoro.

Durante estos meses todo Senguer sufre el frío. Por la radio sabemos que hay casas como la nuestra, desperdigadas por todo el sudoeste de la provincia, e incluso poblaciones enteras, incomunicadas por el clima. Acá nos instalamos con Julieta hace cinco años, teníamos la esperanza de formar nuestra familia. Suena lejano, inconcebible, aquél plan.

Pienso en esas cuestiones, sentado en la sala. Sobre la mesa humea una taza de té a medio terminar. Al lado de la taza, mi cuaderno del clima, con

las anotaciones meteorológicas de todos los días, quedó abierto en la última página escrita. Cerca del cuaderno, siguen ahí las partituras viejas, desparramadas, de música polaca y otros ritmos centroeuropeos. Ya casi ni las miro cuando toco las canciones, voy aprendiendo la música de mis antepasados. Con el acordeón en mi regazo, en silencio desde hace un rato, sigo el humo del té que fluye hacia lo alto, afinándose a medida que se eleva. Si ese humo se estrella contra las maderas del techo, a dos aguas y más alto en el centro de la casa, no me puedo dar cuenta, porque a esa altura la humareda, para mis ojos, se vuelve invisible.

Dos sonidos quiebran la quietud de la cabaña: el chasquido de la leña que cede al fuego en el hogar y ciertos movimientos leves, minúsculos, de Julieta en la cocina, su manipuleo sutil de ob-

jetos y trastos. Desde acá puedo seguir su sombra a través de la abertura de la puerta, ella enciende la luz amarillenta para cocinar apenas entrada la tarde, y ahora prepara la segunda tarta de manzana del día. Y es poco. Faltan tres minutos para las cuatro, el reloj colgado en la pared, arriba del hogar, siempre marca la hora precisa. Para Julieta, en este invierno, dos tartas, tan solo dos, en un día, es muy poca cosa. Ella necesita ser prolífica en algo. Tiene miedo de la escasez, ir hasta el pueblo con este clima es una tarea de locos, y entonces escatima ingredientes: menos manzanas, tartas más pequeñas, nada de canela. Cuando se le acabe la posibilidad de cocinar, cuando no haya más ingredientes: manzanas, harina, manteca y todo lo que necesita, no sé qué podría pasar. Desde la vuelta de su viaje a Comodoro, hace ya dos me-

ses, desde la ruptura de ese lazo tan elemental que nos unía, se puede esperar cualquier cosa de nosotros.

Dejo el acordeón arriba de la mesa. Me paro, el suelo cruje, y manoteo el abrigo que cuelga de la silla. Camino con pasos lentos y me acerco a la ventana. Julieta escucha, sabe que me muevo, y como esta vida de los dos, la de ahora, la de este invierno, se parece a una partida de ajedrez, ella detiene sus movimientos. Lo sé por la sombra, me espía atenta, creyendo tal vez que no me doy cuenta de nada, y aguarda a que yo siga adelante con los planes que tenía al levantarme de la silla. Casi apoyo mi nariz contra el vidrio grueso de la ventana, se siente el frío estando tan cerca. Afuera veo nieve y más nieve. Cualquier insecto, cualquier hoja de cualquier arbusto, cualquier mancha insignificante que sea capaz de

interrumpir el blanco insoportable del paisaje, se convertiría en una novedad hermosa, en un motivo de conversación, en un festejo.

Avanzo hacia el aparador y en un extremo encuentro mis guantes. El resto del aparador está abarrotado de tartas de manzana, una encima de la otra, ocupando platos de todos los tamaños y las formas. Yo no las pruebo, Julieta las prepara con manzanas viejas, pasadas, con cualquier cosa que encuentra en las alacenas. Esas tartas van poniéndose feas día tras día, el perfume de canela y de manzana de las primeras fue cediendo a un olor fuerte que solo se corta con el perfume de la madera que se quema en el hogar. Tengo miedo de tirarlas, desaparecerlas, y romper el equilibrio débil que nos mantiene así, a raya, en estos meses de frío. Un frío como nunca antes sentimos en los cin-

co años que llevamos viviendo en estas tierras desoladas.

Me calzo un solo guante, primero debería trocar mis alpargatas de invierno por las botas de nieve que dejo a un costado de la puerta. Ya con botas y con guantes muevo el picaporte, la puerta se abre, el chirrido de siempre, y el frío entra con el viento y salpica, invade con esa especie de agua-nieve una porción del piso de la casa. Antes de salir observo la sombra de Julieta que está dispuesta a avanzar hacia la sala, y así recuperar ese territorio que evita mientras yo toco el acordeón, anoto los detalles del clima o mientras me caliento el cuerpo con un té al lado del fuego del hogar. Ella avanza temerosa, dudando. Contará las tartas del aparador, corroborando que no falte ninguna, mirará por la ventana, querrá saber qué hago afuera aunque ya lo sepa de antemano.

Una vez a la intemperie cierro la puerta, la casa queda detrás. El cielo es blanco, aburrido. Los árboles manchados de nieve se agitan porque el atardecer y la noche traen más viento. Acá en la Patagonia, en los meses del invierno, la noche llega casi de repente. Avisa con diferencias sutiles, va cambiando el tono blanco de las cosas por una gama veloz de grises, oscureciéndose hasta alcanzar el color negro. Miro hacia el cobertizo, mi destino a veinte metros. El caminito, ahora de nieve, parece intacto, como si hubiesen pasado días, semanas o meses de la última vez que alguien puso los pies sobre ese manto blanco que es el suelo del jardín. La estructura de madera del galpón, que siempre albergó un puñado de herramientas y de leños, un par de bicicletas viejas y la escopeta, ahora cobija a las únicas dos ovejas que el in-

vierno dejó con vida. Voy a visitarlas, a limpiar un poco esa casita temporaria que las cuida, a racionarles el alimento que también escasea para ellas.

Antes de caminar, miro arriba. Sobre la puerta de entrada de la casa, debajo del pequeño alero, cuelga el termómetro. Toca chequear la temperatura para mis registros. Son las cuatro de la tarde en punto y cada ocho horas, como si fuese el intervalo de un remedio recetado, salgo a leer la temperatura. Luego, vuelco la información en el cuaderno, la cotejo con los datos del clima que escucho en la radio, arriesgo pronósticos, calculo las temperaturas medias. El clima y el acordeón son mis pasatiempos en este encierro.

Cuatro grados bajo cero, dice el termómetro. Camino hacia el cobertizo, se forman nuevas huellas, y abro la puerta. Mientras enciendo la luz, escucho

a las ovejas, se mueven en un espacio reducido, una jaulita improvisada que les armé para que no se lleven todo por delante. Adentro huelo la inmundicia de los animales encimados. Limpio un poco la jaula, acaricio a las bestias, les coloco su comida, el forraje. Miro la escopeta descargada, hace tiempo que guardo los cartuchos en mi mesita de luz, la descuelgo, la tanteo, me apoyo, me acomodo contra una de las paredes del cobertizo y limpio el arma. Finalmente, la vuelvo a colgar. A esa escopeta la traje de la Capital porque me hablaron de la caza del guanaco. Pero solo disparé a las rocas o al aire un año nuevo, uno de esos que pasamos solos, como todas las cosas que se hacen por acá.

Cuando Julieta volvió de Comodoro en ese ómnibus y bajó en la terminal de Rio Senguer, yo la esperaba con

la bici para traerla hasta la casa, para conversar en el camino de sus días por allá, de los médicos, del control obligado. No me había dicho nada por teléfono, *me quedo unos días más visitando amigos*, eso fue todo. Amigos. Y la vi bajar aquella tarde sin viento, bajó del ómnibus llorando, vino a abrazarme, yo la despegué de mi cuerpo para que me mirase a los ojos y me cuente todo. Nunca le creí de los problemas, nunca le creí de los resultados dramáticos de la ecografía. Nunca le creí que la decisión que tomó era la única posible.

Desde ese día evito hablarle o tocarla. Paso las horas con el acordeón y registrando la temperatura. Esperando, nada más, que llegue la primavera de una vez por todas, que se abra el cielo espeso que parece aplastarnos todos los días, y que se deje ver el sol. El tiempo de ella para mí es un miste-

rio que se debate entre el silencio y las tartas de manzana.

Reviso los ñeos que nos quedan, los pocos que trajimos de Río Senguer la última vez. Hay para unos días. Aca-ricio a las ovejas que siguen inclinadas hacia su comida y salgo del cobertizo. Nieva, pero nieva menos. Mis huellas siguen ahí. Ya casi oscurece, pronto podría divisarse, si el cielo no estuviera tan cerrado, el fulgor difuso de las luces de Senguer en el horizonte. Es una aureola anaranjada pero débil, que se deja ver de lejos porque el pueblo está en un pozo, en un vado. Eso significa Senguer en otra lengua: vado. Y en los alrededores la zona es una boca de lobo que se extiende por kilómetros, y a la que pertenecemos con la casa, con las ovejas y con Julieta.

Abro la puerta, piso el suelo de la sala, me saco las botas, me adelanto

hasta encontrar mis alpargatas. Me quito el abrigo y, mientras lo cuelgo en una silla, escucho que habla Julieta.

–No hay más manzanas –dice desde la cocina, es que en su turno de ajedrez, Julieta ya volvió a su cueva, a su trinchera–. No queda ni una –habla pero no me lo dice a mí, habla para ella, para que yo la escuche pero sin dar respuesta.

Me inclino hacia el cuaderno, la oscuridad me obliga a forzar la vista. La luz de la cocina entra oblicua en la sala, pero no alcanza. Enciendo la luz y ahora sí, escribo la nueva marca de la temperatura en el cuaderno. Miro la hora: cuatro y cuarto. La noche, que llega tan temprano, se nos viene encima.

Tocar el acordeón a esta hora de la noche se me hace el hobby perfecto. Mientras espero que lleguen las doce,

momento para controlar la temperatura, visitar el cobertizo y acariciar a las bestias, hago sonar polkas alegres como si el aire de este encierro lo fuera. Julieta simula. Se fue a dormir pero debe estar dando vueltas en la cama que compartimos, que todavía compartimos, en la habitación. Ya no hay manzanas y eso la alteró. Estos últimos tiempos lo pienso todas las noches: si no llega pronto la primavera algún día habré de matarla, porque estos silencios, estos tratos, se nos hacen inexplicables, no tienen salida.

Faltan dos horas para la medianoche, y ya no se me ocurre que canción tocar. Me quedo pensando, mirando el techo de la sala, allá en lo más alto donde ni la luz débil de la lámpara de pie, ni el reflejo del fuego del hogar son capaces de iluminar. Pienso que es momento de dejar el acordeón y escuchar la ra-

dio. Apoyo el instrumento en la mesa y opero los botones del equipo de música, elijo una transmisión donde suena una canción triste y una fritura constante que no la abandona. Me siento en el sillón, el calor del fuego y la música lejana de la radio me adormecen. Se me cruzan imágenes de los alrededores: la ruta a Río Senguer, siempre desierta, la meseta monótona al este y las estribaciones que van ganando altura hacia el oeste, la nieve del invierno y el sol de la primavera, nuestra vida en la ciudad, otra vida, nuestros años en este lugar. Pienso en Julieta, en la decisión de no abrazarla nunca más, de no tocarla. Pienso en lo que somos ahora, si acaso lo nuestro se tornó inservible.

Me despierto de repente. Solo alumbraba el fuego, Julieta habrá apagado la lámpara. Escucho de fondo el sonido del acordeón, desordenado, infantil

¿Julieta? ¿Qué hace Julieta con mi acordeón? Miro el reloj de la pared: once y cincuenta y cinco, me volví puntual sin necesidad de alarmas. Me paro y a pesar de la penumbra, porque el fuego de la leña titubea como si fuese una vela encendida que se mece con la brisa, veo algo que me desespera: las hojas de mi cuaderno del clima arrancadas, hechas pedacitos de papel, cientos de papelitos mezclados en el piso de la sala, sobre la mesa, algunos quemándose en el hogar.

—¡Julieta! —grito—. ¡Julieta! ¿Dónde mierda estás?

¿Qué hizo con mi cuaderno?, ella sigue jugando al ajedrez mientras duerme, no tiene horario para sus jueguitos. Camino a paso rápido hasta el cuarto, hacia el sonido del acordeón. La encuentro en la cama, sentada y apoyada con la espalda en la pared. Me ve

entrar y deja el acordeón a un costado, se tira en la cama, se hace una bola. La sacudo.

–¿Qué mierda hiciste con mi cuaderno? –le pregunto sin soltarla.

Se cubre de mis cachetazos con las manos, se defiende en silencio, intenta pegarme alguna patada suelta. La dejo, vuelvo a la sala, en la radio suena tan solo la fritura insoportable de la lejanía. Me calzo el abrigo y los guantes, busco las botas por todos lados, no las encuentro y salgo en alpargatas al frío de la noche. Afuera el mundo es negro y nieva, el piso es el mismo manto blanco de todos los días. Voy directo al cobertizo, debería sentir el frío de caminar sin las botas, pero la desesperación es más fuerte. Abro la puerta, enciendo la luz, me sorprende. Frente a mí encuentro todas las herramientas y los leños tirados, desordenados

en el piso. Y a un costado la masacre: las dos ovejas muertas, la sangre formando charcos en el suelo del galpón, las cabezas rotas, destrozadas a golpes con la pala ensangrentada. Quiero entender, me acerco, me inclino ante los animales, les toco el cuerpo. De afuera llega un grito, es Julieta que me llama. Me paro y busco la escopeta: no está. Salgo corriendo y la veo a ella que me espera delante de la puerta de la casa, abrigada y con mis botas puestas. Tiene la escopeta, me sonrío.

–Le voy a prender fuego a la casa –me grita–. En un rato la cabaña entera va a desaparecer.

Avanzo un paso, ella me apunta. La miro a los ojos, no sé a quién miro en realidad, pero es ella la que está ahí parada, sin dejar de sonreírme.

–Julieta... –le hablo y extendiendo una mano como queriendo volver a ten-

der el lazo entre nosotros. Aquél lazo, como si fuese tan fácil, como si de un momento a otro eso fuese posible otra vez.

Avanzo un paso más, con el brazo extendido hacia ella. La nieve sigue cayendo.

–Después de un rato no queda nada –dice Julieta–. Como si no hubiésemos existido nunca.

–Como si no hubiésemos existido... –repito y bajo los brazos y me siento en el piso de nieve mientras Julieta se acomoda para disparar.

El cielo sigue espeso. Por más intenso que sea el incendio que ella desate, nadie podría adivinar que algo se quema. El clima del invierno, su crudeza, logrará ocultarlo todo, y la nieve que seguirá cayendo, tapaná una vez más nuestras pisadas. Se confundirán las cenizas con la misma nieve, dejando a

la vista un manto blanco y liso. Como si nadie hubiese pasado por acá durante días, semanas y meses.

Durante años.

NUEVE
(*MANQUE DE MÉMOIRE*)

1

La secuencia que año tras año repito a veces pareciera resquebrajarse.

Esta vez, gracias a un disparo y a un muerto.

Mi recorrido de cada carnaval me recuerda a esa novela de Bioy Casares, *El sueño de los héroes*. Una repetición macabra de los hechos que termina con la muerte. Eso significa que cada recuerdo puede pertenecer a cada una de mis vueltas por este sitio, porque siempre fueron historias parecidas. Pero a estas horas todo se me confunde, el recuerdo de las últimas y largas horas se diluye como un dibujo hecho con témperas, al

que se le cae encima un vaso con agua luego de un golpe de codo. Y eso que queda, que es pura confusión, colores mezclados y figuras deformes, es una imagen espejada de lo que ahora siento y recuerdo.

Es que ahora recuerdo que hay un muerto.

Estoy solo en el fondo de la casa de doña Eduarda, acá donde se funde el olor de los leños con el olor de la bosta, acá dónde conviven las gallinas, los chanchos y los perros. Es de madrugada y esta madrugada, todavía oscura, delimita el carnaval, y mañana ya no será.

Tengo un cartón de vino en mi mano y tomo. Todavía tengo ganas de tomar. Miro el horno de barro, donde siempre se cocina algo y ansío comer esa cabeza guateada, como le llaman, esa cabeza de cordero o de cualquier otro

animal, que ya debe estar, después de tantas horas ya debe estar bien cocida. A mi lado veo el tablón que fue la mesa durante los cuatro días de festejos. Sobre el tablón y en el suelo de tierra hay cartones de vino enflaquecidos, un ejército de cartones. También se ve alguna que otra damajuana que no se usa hace mucho tiempo. Ahora estoy solo pero éramos nueve, como los milímetros del arma que se disparó. El resto de la gente debe estar mirando al muerto o descansando por ahí, porque cuatro días de carnaval no es poco.

Ya va a amanecer, se siente en el aire, y cuando salga el sol y esté bien arriba voy a irme. El cielo en estas alturas –el cielo de Cochinoca, de este pueblito de ciento y pico de personas que nunca se ven, porque esta vez vi nueve y no vi más, el cielo de este pueblito que está alto, bien alto– empieza a iluminarse,

y el rocío es una cortina que acaricia entre tanta borrachera. Miro al cielo y es como lavarse la cara con gotas frías e invisibles.

Llegué ayer.

Eran las cuatro de la mañana, hace un día, y era todavía la noche. Estacioné el auto en la placita, y lo estacioné como pude porque la zona del carnaval es extensa, y yo venía de otros lados a los tumbos, de otros pueblitos, para cobijarme como siempre en el final de la fiesta en Cochino, en el fondo de la casa de doña Eduarda donde es costumbre que se festeje el carnaval.

Ni bien salí del coche sentí el colchón de pasto de la placita bajo mis pies. A veces pienso en Cochino y me imagino un pasto suave que ayuda a descansar los pies. Ahí fue que vi la iglesia cerrada como siempre, y en lo alto una columna de humo saliendo de

los fondos de la casa de doña Eduarda. Ese humo era el del horno de barro, que ahora sigue despidiendo el mismo humo con el mismo olor, y en ese horno, para despedir el carnaval, se cocina una cabeza guateada a fuego lento.

Desde el auto caminé directo al fondo de la casa, y allí encontré a seis personas. Me senté en una silla destartalada, no saludé, porque nunca saludo, y empecé a tomar lo primero que se me cruzó. Ahí fue una voz que dijo algo, y hablaba de la cabeza:

–A la guateada la comemos mañana.

Eran las cuatro de la madrugada, ¿cuándo era mañana?

2

La mañana venía anunciándose y los gallos se despabilaban. De un vistazo adiviné a casi todos.

Doña Eduarda, apoyada en el umbral de la puerta de la casona, miraba a la nada, a las vacas tal vez, que ya dormían en la noche, al perro que había estado jugueteando con un pedazo de hueso y ahora descansaba, a los gallos que esperaban un rato más a que la luz despunte desde algún lado. Y así estaba doña Eduarda, como siempre, casi dormida pero de pie, sin observar nada pero al tanto de todo. Si falta vino, si falta fuego, si el perro está donde no debe, si sus hijos o los otros.

Ramón es el hijo mayor de Eduarda, y acariciaba el pelo de su mujer. Le acariciaba el pelo y la besaba en el cuello, muchas veces, muchos besos. Ella, la mujer, que le daba la espalda al marido, me miraba, no dejó de mirarme desde que llegué, me miraba fijo y era una mirada sensual, con ganas de algo más que mirar. Yo seguía adivinando al resto de las personas que me rodeaban, tratando de no delatarme delante de todos, mirándola también a ella y siguiendo ese jueguito.

Ricardo es el hijo menor. Soltero, mujeriego, no hay mujer en kilómetros a la redonda que no haya pasado por él. Incluso se dice que su hermano le presta de tanto en tanto a la suya. Ricardo estaba sentado sólo, en las sombras, donde los faroles del patio de tierra no llegan a iluminar. Al costado de Ricardo había muchos cartones de

vino vacíos y el perro mugriento que siempre duerme y ronca.

En la parrilla, al lado del horno y parado de frente al fuego, estaba el policía nuevo. El humo diluía su uniforme azul y su nueve milímetros pegada a la cintura. Cochinoca siempre tuvo un solo policía, duerme en una piecita al lado del registro civil. El otro policía se fue hace un par de años y se hizo difícil conseguir un remplazo. Ahora parece que hay confianza, que el policía se encargó del asado en estos días de carnaval, miraba la carne, le hablaba a la parrilla, tomaba un trago, movía las brasas.

–A esto le queda poco.

Dijo el policía nuevo, y tomó otro trago más.

Cerca del policía encontré sentado a un hombre con anteojos. Todavía no había dicho ni una palabra pero lo

adiviné extranjero, lo miré extrañado, le pregunté con la mirada: *¿Quién sos? ¿Qué haces acá? ¿De dónde saliste?*

–*Bastien.*

Dijo.

–*Je suis Bastien. De la France.*

Un francés en los fondos de la casa de doña Eduarda durante el carnaval.

Cuando terminaba de examinar la imagen, esa especie de fotografía repetida del carnaval, cara a cara y uno por uno, apareció una mujer preciosa, le pidió permiso a doña Eduarda y pasó a su lado, bajo el umbral, y caminó hacia mí con un vaso de vino en su mano. Era ella la que venía a mi encuentro, ella con su belleza, los labios como un marco imponente de su boca, unos labios pura carne. Se acercó, se detuvo, me besó en la mejilla.

–Soy Rosario.

Ese beso me hizo tanto ruido como el

carnaval entero. Fue la primera aparición, la de Rosario, la hermana menor de la mujer de Ramón. Un angelito de labios gruesos. Una mujer que lo saca del sueño a cualquiera. Ahí nomás miré a Ricardo, acariciaba el perro que seguía echado a su lado, y lo miré porque le tuve bronca, envidia, algo que era difícil de explicar, porque lo imaginé tocando a Rosario, pasando noches enteras con ella.

Me despabilé del beso con un trago de vino, Rosario se sentó cerca de su hermana y se pusieron a conversar.

Cuando el panorama estaba acabado, cuando nada más iba a pasar, cuando la mañana se tragaba de a poco a la noche y al rocío, una figura blanca emergió desde la oscuridad, y también emergió difusa, a lo lejos, difusa.

Llevaba puesto un vestido corto, tan blanco como ella misma, y del hombro

le colgaba un bolso. Nadie la reconoció salvo el policía que atizaba los leños del asado sin soltar el vaso de vino. Se le encendieron los ojos, al policía, pero fue de sorpresa y no de emoción, como si la borrachera le hubiese borrado el dato de que esa mujercita pálida llegaría por la mañana.

—Hija.

Lento, con un susurro, la nombró.

Las figuritas se iban completando mientras yo miraba la espalda de esa mujercita blanca, linda, porque la hija del policía con sus quince años, o a lo sumo dieciséis, me resultó linda. Y ella se acercó al policía con ese bolso colgado en sus hombros. Todo el movimiento lo hizo sin mirarnos, como si no estuviésemos ahí. Mientras, los hombres se limpiaban la grasa de la carne de sus mejillas, de sus labios, y es que una mujer nueva merecía todo el respeto y una cara limpia. Yo me acomodé el pelo con mis manos grasosas, me tomé un trago de vino que siempre aporta coraje y la miré de nuevo, pero

la miré como se mira a una mujer desnuda que nos muestra su lengua y se roza los labios y nos hace las muecas inconfundibles del sexo. La miré como si ella estuviese haciendo eso, pero estaba de espaldas, besando a su padre y tirando su bolso al piso de tierra para saludarlo mejor, y el ruido hizo que el perro echado al lado de Ricardo se levantara a ladrarle al cielo.

A Ricardo no le gustó que eso pasara, y Ricardo es un hombre rencoroso.

–Buen día –dijo Ricardo y calló por mucho tiempo más.

Confusamente linda, así era la hija del policía, que susurraba cosas con su padre hasta que el policía la apartó y se dispuso a hablar.

–Mi hija vino a visitarme.

Y se quedaría unos días en Cochino-
ca, eso dijo después. Unos días en Cochino-
ca es mucho tiempo.

—¿No le molesta, doña Eduarda, que termine con nosotros el carnaval?

Doña Eduarda, que no había tomado ni una gota en todo el carnaval, bajó los parpados y dijo que no, que no era molestia, que la niña blanquita que ya removía el avispero de los bárbaros no era una molestia.

Suspiré.

Confusamente linda dentro de ese vestidito corto.

4

Que Bastien había comprado los campos contiguos y era dueño de casi todo no me interesó. Yo seguí tomando como cada uno de los años, observé el ir y venir del resto y ya la voz de Bastien se me tornaba repetitiva, como una repetición dentro de otra, como si dentro de mi historia repetida existiese otra historia acurrucada, pero en francés. Porque Bastien hablaba en francés y sonreía y yo entendía poco, muy poco.

—*Manque de mémoire.*

Dijo y se señaló la sien, y era algo de la memoria, pero de mí memoria, se refería a eso, como si yo me fuese

a olvidar el día completo si seguía tomando vino. Bastien tenía razón, ya el calor nos derretía de nuevo porque era media mañana, el vino, el humo, la comida otra vez, y el ir y venir del resto de las personas, y mi memoria que empezaba a confundirse tan temprano.

Me dormí en la silla, mientras Bastien iba a orinar por ahí. Sentado como estaba me dormí.

Desperté después de no sé cuánto tiempo, era todo sol y yo transpiraba dormido. No había nadie, el fondo de la casa vacío, el perro echado. Sentí unos gritos de mujer a lo lejos, o eso creí, que eran gritos, pequeñas quejas de una mujer.

Me puse de pie, encontré cerca un cartón de vino casi lleno y empecé a tomar.

Sentí unos pasos detrás y era Bastien que se acercaba riendo.

–*Manque de mémoire.*

Me dijo otra vez pero no detuvo el paso, iba directo a la puerta donde siempre está parada doña Eduarda pensando. Atravesó ese umbral, ahora vacío, y entró en la casona, y a través de una de las ventanas, que tenía los batientes abiertos porque dentro de la casona siempre hacía calor, vi que una mujer lo esperaba, pero lo vi difuso y no supe cuál de todas era. Yo sentí que necesitaba a alguna de las tres, porque doña Eduarda es doña Eduarda, es una señora, y Bastien se perdía dentro de la casona con una de ellas.

De nuevo las quejas, gemidos o gritos. Algo de eso era.

A un costado de la casa hay un galponcito que es pura mugre. Caminé sin soltar el cartón de vino. Llegué a la puerta del galpón y los gemidos, porque ahora eran gemidos y nada más,

venían de ahí. Me asomé a una de las ventanitas. Adentro Ramón sostenía una fusta y una vela encendida. Me vio, adivinó mi sombra espiando, sintió mi movimiento torpe. De un salto ganó la puerta, y asomó la cabeza.

–Entrá.

–¿Qué hacés con eso en la mano?

Le pregunté y apoyé el vino en el piso de tierra mientras él tiraba la vela apagada.

–Entrá.

Entré.

Adentro, desnuda, blanquita y acostada, agazapada en el piso sucio, nos miraba la hija del policía.

–Dale vos, es blanquita y enseguida toma color.

Me dijo Ramón y me alcanzó la fusta.

Dudé.

–Dale bien fuerte.

Y empecé.

Una vez más me desperté sentado en la misma silla de siempre, el fondo desolado de la casa, el calor, el humo del horno de barro que busca el cielo, la cabeza guateada que seguro está tiernita ahí adentro en el medio de todo ese calor.

Vi moverse a una gallina, oí a lo lejos algunos cantos de pájaros. Sentí que era plena siesta. De pronto, doña Eduarda apareció por el umbral de la casona, pasó junto a mí.

–¿Más vino?

Me preguntó doña Eduarda y acepté. Me dejó dos cartones llenos, a mi lado, sobre el tablón que hizo de mesa. Tomé

mientras doña Eduarda se acercaba al horno, revisaba, atizaba el fuego, más calor, menos calor.

Me puse de pie.

—¿Y sus hijos?

Le pregunté. Pero doña Eduarda a veces es así, terminó de atizar el fuego y caminó con paso lento hacia la casona, sin contestarme.

Me puse de pie y sentí pasos detrás.

Era Rosario.

—Hace tanto calor para estar acá afuera.

Me dijeron esos labios y después guiñó un ojo. Me paré y caminé tras ella, tras los labios, pero entré al galpón y antes de que yo pudiese entrar salieron los dos hermanos, los dos a la vez, cerraron la puerta y me llevaron de nuevo a mi silla.

—Vamos a tomar unos tragos.

Dijo Ramón.

—Eso, unos tragos entre los tres.

Dijo Ricardo, y la puerta del galpón quedó cerrada, y los gemidos de Rosario y sus labios me perforaban los tímpanos mientras tomábamos vino otra vez.

—¿Querés entrar vos también?

Me preguntó Ricardo y señaló el galpón con las cejas.

—¿No te vas a zarpar como el año pasado? Mirá que con Rosario es distinto...

Y esa pregunta fue de Ramón que me ponía una mano en la pierna y me miraba a los ojos, y yo no sabía que con testar, no sabía de qué año me hablaba.

Cocinaba rico el policía y comíamos el asado con la mano. Era la tarde y era el vino de nuevo.

A mi lado estaban Ricardo y Ramón, y todos nos engrasábamos con la carne, nos prestábamos el cartón de vino. Y nuestras manos relucían, brillaban contra el sol, las mejillas, las lenguas. Toda la grasa reluciente.

–Divertido el carnaval.

Dije y los dos me miraron y rieron, y mientras nos reíamos vi pasar a lo lejos a la hija del policía, tan blanquita. Tan ella.

Los dos me vieron la cara, los ojos.

–Andá, que el hijo de puta del policía nos debe mucho a nosotros.

–Cobrate.

Y eran las palabras de los dos hermanos, y ninguna palabra, salvo la de su madre, vale más que la de ellos por esa zona.

La seguí, me paré y un poco tambaleaba, pero pude dominarme. La hija del policía parecía pasear por las callecitas de Cochinoca, o tal vez buscaba a su padre que hacía rato no asomaba por los fondos de la casa, dejando a la deriva esa carne que cocinó, sus brasas, su parrilla.

Sigiloso como suelo ser, tenía a la mujercita dos metros adelante, de espaldas. Me acerqué pisando el pastito suave y que no hace ruido, me acerqué y le tapé los ojos con mis dos manos grasosas.

Susurré en su oído, mientras su cuerpo se crispaba contra el mío.

–Adiviná quién soy.

Quiso soltarse pero enseguida adivinó.

—Sí, de nuevo yo.

Y me pareció que quería pero no quería, y la llevé al auto estacionado en la placita, que estaba en las sombras porque los árboles de la plaza son viejos y altos, la iglesia cerrada, los banquitos, los senderos. Mi auto.

La metí en la parte de atrás del coche. No dijo nada. Dentro del auto todo fue una mezcla, la grasa de mis manos y mis labios en su cuerpo blanco, su vestido roto, más roto que antes, sus marcas rojas que las aumenté, porque a veces un poco de violencia.

A veces.

Me desperté dentro del auto, la puerta abierta y el eco de un disparo que quedó rebotando en el aire.

Me incorporé, salvo un poco de su sangre en los asientos y un pedacito de vestido no había huellas de la hija del policía. La plaza ahora estaba en sombras porque el sol caía en alguna parte. Salí del auto, tan mareado como siempre, y empecé a caminar para encontrar vestigios de ese disparo.

En esa vuelta me crucé con Ramón que me habló con un tono severo, enrarecido.

—¿Qué le hiciste a la piba?

Me encogí de hombros.

–El cana se mató en su piecita...

Caminé hasta la piecita, todos le decíamos piecita, al lado del registro civil. Un pequeño tumulto en la puerta me impedía el paso. Doña Eduarda, Rosario, Ricardo, la mujer de Ramón. Pedí permiso, quería ver. Una cama, y el cuerpo del policía cruzado, perpendicular. Partes de su cabeza despararramadas por todos lados, el arma, la nueve milímetros a un costado de su cuerpo, su mano que parecía aferrarla pero no, la nueve se le escapaba. Un crucifijo de madera sobre su pecho, porque los policías siempre creen. Un agujerito en la pared que da al registro civil porque la bala atravesó todo lo que pudo pero hasta ahí llegó.

Escuché a Rosario vomitando afuera, porque la escena impresionaba. Los ojos abiertos del policía nuevo, el cuerpo ahí, en la piecita.

Volvimos, todos de nuevo en el fondo de la casa.

El humo de siempre, del mismo horno de barro, de la misma cabeza que ahí dentro se cocina cada año. Y ahí estábamos todos, comiendo la carne que el policía muerto había cocinado para nosotros, la carne que nos esperaba en la parrilla, al lado del horno, y que estaba cocida, bien cocida. Y el cuerpo en la piecita, ahora cerrada con llave, total nadie entra nunca a esa piecita.

–¿Y la hija?

No me respondieron y era un silencio que yo no podía quebrar, y ahora todos estaban en sus lugares, y doña Eduarda pensativa parada en el umbral, y yo tomando vino, y el humo del horno que se iba para arriba.

El humo igual que antes.

Fue una de las tantas veces que me encontré solo en la tarde. Me puse de pie, tomé un trago de vino, y caminé. Daba pasos lentos. La puerta de la casona cerrada, el silencio de ese pueblo chico. El galponcito cerrado también, las callecitas, el pasto suave. Me senté en un banquito de la plaza, cerca del coche. Sentí un movimiento, escuché la puerta de la iglesia.

Bastien, Rosario, sus labios, y la mujer de Ramón. El francés besaba a una y a otra, insistía en entrar a la iglesia. Me paré y quedé mirando la escena. Iba a gritar, iba a llamar a Ramón porque eso no podía ser. Todo, pero eso no, un

francés haciendo eso, no podía ser.

Sentí una mano en mi hombro. Giré y era Ramón.

—La cosa es así.

Me dijo y buscó en un bolsillo. Sacó un fajo de billetes y me los mostró.

Y fue un portazo, la iglesia se cerró.

Caminamos con Ramón hasta el fondo de la casa, por primera vez no había nada para comer. Nos quedamos en silencio, contemplando la tarde, tomando.

Y al rato se escucharían las campanas de la iglesia, como anunciando una fiesta.

Pensé que éramos nueve. Hasta hace un rato estaba sólo acá en el fondo, pero ahora me rodean casi todos, demolidos por los cuatro días de festejos, y esta madrugada que ya clarea.

Lo dije.

–Pensé que éramos nueve.

–Contaste mal.

Me respondió doña Eduarda, que estaba concentrada en el fuego del horno, y miraba por el agujero hacia ese interior caliente dónde se cocinan las cabezas guateadas.

Las brasas de la parrilla se habían apagado hace rato, el rocío fue implacable.

Conté de nuevo.

Bastien, sentado entre Rosario, sus labios, y la mujer de Ramón, Ricardo, Ramón y doña Eduarda. Y yo.

–Siete.

–Número que da suerte.

Dijo doña Eduarda que seguía con su tarea en ese fuego.

Y todo el resto se me presentó muy rápido.

Lo vi a Bastien, que ante mis dudas, mis números incorrectos, se señaló la sien. *Manquedemémoire-Manquedemémoire-Manquedemémoire*, esa frase que me sonaba repetida, como una pesadilla francesa, y no podía callarlo a Bastien, y tal vez él ya estaba callado y era mi cabeza la que no podía despegarse de esa frase. Mientras eso pasaba, Ricardo me tocó la pierna, como hace siempre cuando me quiere decir algo.

Y dijo algo.

–Acompañame a la piecita.

Fui con él. Y la cosa era acomodar, arreglar un poco mientras esperábamos que se cocine la cabeza.

–Ayúdame a acomodar esto, ya es hora de acomodar.

Movimos el cuerpo, el agujero de la bala en la cabeza, el olor que me volteaba, los bichos, las moscas, el entierro, y mientras tapábamos todo con paladas de tierra y Ricardo silbaba una canción conocida se me ocurrió.

–Pasó mucho tiempo.

–Un año no es nada.

Y lo dijo aprovechando una pausa de la canción, después siguió silbando hasta terminar de tapar todo con tierra.

Y la limpieza fue divertida, porque Ricardo cuando quiere es divertido. Cerramos la piecita con llave y todos nos esperaban en el fondo de la casa para comer la cabeza guateada.

–Al fin.

Dijo Ramón que miraba fijo las manos de doña Eduarda, que ya manipulaba en la puerta del horno algo que todavía no podíamos ver.

Miré las caras de todos, nadie quitaba la vista de las manos de la señora. Vi los labios de Rosario y pensé que este año no pude porque el año pasado me pasé, eso dijeron los hermanos, me pasé y este año los labios no, pero tal vez el próximo. Y el resto de los ojos, Bastien, que nunca había visto una cabeza guateada, la mujer de Ramón que ya conocía del asunto, los hermanos, todos los ojos en las manos de doña Eduarda que tenía en sus propios ojos el reflejo del fuego del horno y parecía poseída. Sí, poseída, y los ojos de doña Eduarda eran tan naranjas como el cielo de ese amanecer.

Y en ese instante tuve miedo. Temblé como nunca había temblado, me acordé de mis manos grasosas, de la placita, del asiento trasero de mi auto. Temblé cuando ya casi asomaba la cabeza desde el horno, y doña Eduarda la acomodaba sobre una tabla de madera. Ahí pensé lo peor.

–Esa cabeza...

Y mientras yo decía esas palabras asomó la cabeza de cordero lista para comer, cocinada durante tantas horas.

–¿Esa cabeza qué?

Preguntó Ramón.

–No me digas que pensaste eso...

Dijo Ricardo y fue un silencio gigantesco y todos me miraron. Me puse colorado.

–¿Cómo vas a pensar eso de nosotros?

Murmuró doña Eduarda, que cortaba con los dedos un pedacito de cabeza

que de tan tierna se deshacía de sólo tocarla.

ACERCA DE MÍ

Nací en el barrio de Almagro en 1980, pero me crié en San Martín. Escribo cuento, poesía, teatro y novela. Obtuve premios y distinciones en Argentina, Uruguay y España en los géneros de narrativa y dramaturgia. Publiqué el libro de cuentos *Hacerse agua* (Editorial Municipal de Córdoba, 2011) y participé en diversas antologías. Fui columnista de Revista Axolotl (www.revistaaxolotl.com.ar) entre 2005 y 2010. Soy Licenciado en Sistemas, pero curso la ca-

rrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires. Soy hincha de Independiente y doy clases de matemáticas. Cuando puedo, viajo donde pueda. Me gusta sacarles fotos a las cosas quietas.

ARTE DE TAPA

Martín Lanezan

"El tiempo de los volcanes". Acrílico sobre papel.
150 x 105 cm. 2012.

Nací en 1982 en Gral. Madariaga, provincia de Buenos Aires. Cursé la Licenciatura en Arte en el IUNA. Participé en las clínicas de obra de Eduardo Molinari, Gabriel Baggio y Ernesto Ballesteros. Obtuve el primer premio en Obra Barrio Joven (ArteBA, 2012) y primer premio Proyecto A (8ª edición, 2009). Realicé muestras individuales, entre ellas: *Hacer un pozo* (Trillo Sustentable,

2012); *Lo que vive en el monte* (Proyecto A, 2011); *La mitad del mar* (Sapo Galería, 2010) y *De ceremonia* (Galería Crimson, 2008). También, muestras colectivas: *Monocromos* (Isla Flotante, 2012); *End Vehicles: Scketches for Later Works* (Ferro Strouse Gallery, Nueva York, 2012); *Tus defectos te hicieron perfecto* (Cobra, 2012); *Colección F.D.A.C.M.A* (Meridion, 2012); *Ey, los del monte* (La Coruña, 2011); *Barro del Paraíso* (Fundación OSDE, 2011); *Nocturnos* (Cobra, 2011); *Muestra aniversario* (Rayo Lazer, 2011); *Fase 2* (Centro Cultural Recoleta, 2010); *Proyecto A, adquisiciones recientes* (2010); *Los nuevos monstruos* (This is Not a Gallery, 2009); *Museo salvaje* (CCEBA, 2008), entre otras.

Actualmente integro el colectivo musical *Cumbia Beuys* y trabajo en el área educativa del museo Malba.

ÍNDICE

Oeste.....	5
Senguer	31
Nueve (<i>Manque de mémoire</i>)	53
Acerca de mí	91
Arte de tapa.....	93

Que los árboles muertos
en este papel
vuelvan a crecer árboles
cuando hombres y mujeres
hayan saciado su sed
de conocimiento.

Se terminó de imprimir en
Imprenta Dorrego
Av. Dorrego 1102 - CABA
en marzo de 2013.